

Carmen MAÍZ ARÉVALO (ed.), *Nombre propio e identidad cultural*, Madrid, Sílex, 2010, 180 págs. ISBN: 9-788477-374107.

Carmen Maíz Arévalo reúne en esta obra a un buen número de profesionales que investigan en profundidad el cambio onomástico y la función del antropónimo como factor que influye y determina la identidad de una sociedad determinada. Se recopilan en esta obra los trabajos del equipo de investigación del proyecto FFI2008-024287: *El cambio onomástico: la función del antropónimo en el proceso de construcción de la identidad*.

Esta investigación antroponímica consta de siete capítulos correspondientes a cada uno de los autores y tiene como hilo conductor el estudio de las tradiciones onomásticas existentes en las diferentes culturas y en las diferentes fórmulas que aparecen en varias lenguas que se encuentran íntimamente relacionadas con la historia de nuestro país. Así, se plantea la problemática del nombre y la identidad vasca (cap. 1), se estudia la evolución en América de los nombres de origen español (cap. 3), se investiga el sentido de los nombres poéticos y metafóricos empleados tanto en la lengua inglesa (cap. 4) como en el árabe (cap. 6), se exponen las aportaciones al análisis antroponímico en la obra de Gil Vicente (cap. 5) y finalmente se estudia la aposición y su función en la Edad Media castellana (cap. 7).

Desde el punto de vista diplomático, cabe destacar sin duda el capítulo dos correspondiente al estudio de Juan Carlos Galende “Fuentes onomásticas: El pasaporte como el documento inspector e identificativo personal en el antiguo Régimen”. Si bien es el capítulo que menos se centra en la función antroponímica también es el capítulo que presenta el mayor aporte documental ya que pone en evidencia el valor legal del pasaporte, esto es, el documento da testimonio de que la persona portadora de él es quien dice ser.

Con este objetivo Juan Carlos Galende divide el capítulo en dos partes bien diferenciadas: en primer lugar muestra la evolución histórico-administrativa del pasaporte durante el Antiguo Régimen: se exponen las diferentes instituciones que expiden este tipo de documento así como los distintos usos y contenidos del pasaporte como prueba documental de la identidad de la persona. Fue un documento especialmente vinculado al Ejército dada la frecuencia con que los militares necesitaban desplazarse de un lugar a otro del territorio nacional o más allá de las fronteras españolas. Sin embargo a comienzos del siglo XIX se expedirán pasaportes para otros cometidos y no serán las autoridades militares las únicas autorizadas a expedir estos documentos ni tendrán las mismas características diplomáticas. De esta forma, podían expedirse por las autoridades civiles aquellos

pasaportes que permitían a los españoles desplazarse por el territorio nacional y a aquellos que querían cruzar las fronteras y marcha al extranjero. Evidentemente, todo esto suponía un intento importante de control de la población e implicaba un gran esfuerzo burocrático del que son reflejo estos documentos; en segundo lugar, se realiza un análisis diplomático del pasaporte que, ya fuese expedido por una autoridad militar o civil, presenta una estructura similar que variará muy poco a lo largo del tiempo: invocación, intitulación, disposición, dirección, cláusulas sancionativas, data y validación.

En definitiva, esta obra que supone una importante investigación sobre el nombre propio como símbolo de identidad cultural, se completa con este capítulo que supone la prueba documental del valor legal de la identidad de las personas y deja abiertas importantes líneas de investigación.

Noelle RODRÍGUEZ GARRIDO

---

Fernando MUÑOZ BOX, *Las medidas del tiempo en la historia. Calendarios y relojes*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2011, 173 págs. ISBN: 978-84-8448-604-6.

Para leer este libro no se requiere ser especialista en cronología. Sólo hace falta estar intrigado hacia un hecho que siempre ha obsesionado al ser humano: cómo medir el tiempo, esa magnitud física de apariencia relativamente abstracta. Esa curiosidad sobre el tiempo es fácil de sentir, ya que la percepción del paso del tiempo es omnipresente. Desde la salida de sol al ocaso, todo puede indicar el transcurrir de las horas, como el canto del gallo o unas campanadas. Las estaciones son fáciles de apreciar, al pasar del calor estival al frío invierno. Igualmente, el cambio generacional, con el nacimiento de un niño o la muerte de un anciano; todo ayuda a comprobar la fugacidad del tiempo. Pero, ¿cómo lo han medurado las diversas sociedades a lo largo de la historia? ¿qué idea tenían de él sus diferentes estratos sociales? Este libro da respuesta a esas y otras muchas preguntas.

Medir el tiempo es problemático. Piénsese por ejemplo que ni un mes tiene un número fijo de días ni un año comprende un número completo de lunaciones ni de días. La gran dificultad para medirlo radica en establecer la equivalencia precisa entre unas y otras unidades. Numerosas sociedades se han preocupado por medir el tiempo con exactitud. Sobre todo, por parte del poder, ya fuese civil o religioso. Según el autor, “toda medida significa en algún sentido un dominio sobre las cosas, y en la historia se puede ver cómo este dominio se quiso extender también, y sobre todo, a las personas” (p. 22). Así, las altas esferas establecían los